

Lecturas

CAPITALISMO, NADA MÁS. EL FUTURO DEL SISTEMA QUE DOMINA EL MUNDO

Branko Milanovic

Taurus, Barcelona, 2020

338 págs.

En la actualidad el capitalismo está presente en todo el mundo. No es que sea el sistema económico dominante, sino que es el *único* sistema económico. A lo largo de cinco capítulos y tres apéndices (que detallan algunas cuestiones tratadas en los capítulos), Branko Milanovic, uno de los más destacados investigadores mundiales sobre desigualdad, explica en su último libro las razones por las que el capitalismo ha triunfado en todo el mundo y las posibilidades que se abren de conseguir un capitalismo más justo en el futuro en un momento en el que compiten dos modelos distintos de capitalismo: el capitalismo meritocrático liberal (representado por EEUU) y el capitalismo político (representado por China).

El primer capítulo sirve como introducción al tema: nunca, en ningún otro periodo histórico, el capitalismo había estado tan presente en todo el mundo, a la vez que no parece existir una alternativa realista a dicho sistema en el corto plazo. Milanovic explica brevemente los dos tipos de capitalismo que dominan actualmente e introduce lo que considera, siguiendo sus palabras, «el meollo del libro» (p. 20): la competencia entre el capitalismo meritocrático liberal y el capitalismo político. El

autor aborda a lo largo del libro los rasgos principales de ambos, con el fin de determinar el atractivo de cada uno y las posibilidades de que uno acabe dominando sobre el otro.

El análisis detallado de cada tipo de capitalismo se hace en los capítulos dos y tres (capitalismo meritocrático liberal y capitalismo político, respectivamente). El autor centra su análisis, y lo remarca de manera explícita, en la esfera de la distribución y no de la producción. Ambos capítulos son de gran utilidad, no exenta de originalidad en algunas de sus afirmaciones, para entender cómo funcionan los dos tipos de capitalismo y cómo se ha llegado a su existencia.

El capitalismo meritocrático liberal sería la continuación en Occidente del capitalismo clásico (presente hasta la Primera Guerra Mundial) y del capitalismo socialdemócrata (desde la Segunda Guerra Mundial hasta los años ochenta). Milanovic hace un recorrido por esas etapas, comparando distintas formas de desigualdad (la distribución funcional de la renta, la concentración del capital, la homogamia, la movilidad social o la *homoploutia* —término que se explicará más adelante—, entre otros) entre estas formas de capitalismo en Occidente, llegando a la conclusión de que es cada vez más difícil luchar contra la desigualdad creciente.

En el tercer capítulo, tal vez el más estimulante de leer y cuya temática podría dar para un libro en sí mismo, analiza el lugar del comunismo en la historia y los

rasgos principales del capitalismo político, así como la posibilidad de que este tipo de capitalismo se expanda a otros países, como ha hecho el capitalismo liberal desde EEUU. Para Milanovic, el principal atractivo del capitalismo político es el éxito económico, el cual se traduce en elevadas tasas de crecimiento, como las cosechadas por China en las últimas décadas. No analiza la China actual en contraposición con EEUU como si de una nueva guerra fría se tratara, sino que su objetivo es analizar el ascenso de la economía china y su transformación en una economía capitalista; de hecho, menciona hasta otros diez países que tienen un capitalismo político, pero China es el más importante de todos ellos con diferencia.

En el capítulo cuatro Milanovic trata la globalización y su interconexión con el capitalismo a través del análisis de la movilidad del trabajo y del capital, del Estado del Bienestar y de la corrupción. Milanovic nos dice lo siguiente respecto a por qué la movilidad del capital es casi ilimitada mientras que la del trabajo tiene muchas más trabas: «El capital, según esta tesis, puede entrar en las distintas sociedades sin provocarles cambios espectaculares, mientras que el trabajo no» (p. 172). Es verdad que parece existir un mayor rechazo de la población a la inmigración del que existe para el capital extranjero. Puede que sea porque, como apunta la frase entrecomillada, se perciba que el capital no causa “cambios espectaculares”, como sí puede causar el trabajo. En este sentido, lo que parece ocurrir (y Milanovic lo apunta, aunque con palabras diferentes), es que el factor capital es “menos visible” que el factor trabajo, es decir, el trabajador necesita estar presente en el lugar de trabajo (aunque cada vez menos), mientras que la actuación del capital “no se ve” a pesar de que

pueda causar daños mayores. Es controvertido su acercamiento al tema de la migración, puesto que, como él mismo señala, su planteamiento de una relación negativa entre el número de inmigrantes y los derechos que se les conceden puede crear subclases dentro de un país, como ya ocurre en algunos países, como EEUU o Reino Unido.

Finalmente, el capítulo quinto hace referencia al propio futuro del capitalismo, abordando los problemas que acarrea dicho sistema y también sus virtudes (por algo habrá triunfado en todo el mundo). El autor contrapone los dos tipos de capitalismo explicados anteriormente, comparando las ventajas de uno y otro y hace un repaso de los posibles escenarios existentes. Aquí encontramos a un Milanovic pesimista, ya que no parece existir un final visible al capitalismo («*There is no alternative*»).

Entre los puntos fuertes del libro está la originalidad de algunos de los planteamientos que hace Milanovic, aunque a su vez puede que sean controvertidos, como el análisis que hace sobre la posición del comunismo en la historia, criticando tanto a la teoría marxista como a la liberal y argumentando que el papel del comunismo en la historia ha sido, precisamente, permitir avanzar hacia el capitalismo para las economías menos desarrolladas. Destaco también un concepto que me ha gustado especialmente: la *homoploutia*. Indicador que nos muestra el porcentaje de personas que están, a la vez, en el 10 % más alto de ingresos de capital y en el 10 % más alto de ingresos salariales. Este indicador se ha incrementado en los últimos años, mostrando así la complejidad creciente de las sociedades capitalistas, donde cada vez se hace más difícil diferenciar entre capitalistas y cuadros gerenciales y técnicos asalariados.

Sin embargo, para ser un libro que trata sobre el futuro del capitalismo global se echa en falta un análisis sobre el cambio climático y los límites físicos y biológicos existentes. Solo una vez hace referencia a este tema, al final del libro, si bien es justamente para criticar la idea de que los recursos son limitados, argumentando que simplemente no sabemos qué nuevas materias primas podremos usar para sustituir al petróleo o los nuevos usos que tendrán otros recursos. Por otro lado, también hay algunas afirmaciones con las que no todo el mundo estará de acuerdo. Un ejemplo de ello puede ser el punto de vista que tiene Milanovic sobre la corrupción, ya que parece suponer que existe un cierto apego de la población a la corrupción y que no tiene por qué ser especialmente mala en sí misma desde el punto de vista económico si se la tratara como una renta más.

Se trata de un libro no muy extenso, pero con una gran cantidad de anotaciones y de evidencia empírica que sustentan cada afirmación que hace el autor. Es claro en sus explicaciones y analiza perfectamente los dos tipos de capitalismo existentes, destacando las principales virtudes de cada uno, así como los problemas que hacen que se tambaleen: la creciente desigualdad en el caso del capitalismo meritocrático liberal y la corrupción endémica del capitalismo político. También llega a proponer medidas de política económica para reducir la desigualdad en Occidente, como políticas fiscales para incentivar que la clase trabajadora posea acciones o incentivos para que participen en mayor medida en el accionariado de las empresas, así como mayores impuestos de sucesiones o de patrimonio, con el objetivo de «nivelar el acceso al capital» (p. 65) de los adultos jóvenes. Si bien, cabe tener en consideración los efectos que estas medidas puedan tener sobre la ya financiada economía actual, son interesantes

las medidas que plantea y merecen al menos una reflexión por nuestra parte. En definitiva, este libro disecciona el funcionamiento del sistema capitalista de manera original, con matices (a pesar de que “divida el mundo en dos”) y en ocasiones de forma un poco provocativa, pero ofreciendo siempre una rica panorámica tanto para aquellas personas que defiendan con uñas y dientes el sistema capitalista como para aquellas que deseen acabar con él.

Alejandro Castañeda Hernández
Master de Economía Internacional y
Desarrollo (UCM)

SOBRE IZQUIERDA ALTERNATIVA Y CRISTIANISMO EMANCIPADOR

[Francisco Fernández Buey](#)
Editorial Trotta, Madrid, 2021
366 págs

Después de la muerte de Francisco Fernández Buey han ido apareciendo diferentes textos que reúnen escritos suyos sobre temas específicos. Este, en particular, compila los más significativos sobre cómo abordó la *cuestión cristiana* en la construcción de una cultura política alternativa. La edición ha estado al cuidado de Rafael Díaz-Salazar, quien en la Introducción señala que «es necesario analizar los escritos que aquí se editan teniendo en cuenta el conjunto de su pensamiento» (p.17). Tras finalizar la lectura del libro cabe añadir esta otra consideración: esta recopilación ayuda como pocas otras a entender mejor el pensamiento conjunto de Fernández Buey. Es unos de los principales méritos de este libro, pero no el único.

El libro se organiza en tres partes. La primera recoge la concepción de Fernández Buey sobre el cristianismo liberador. La segunda se centra en la vida y obra de tres personas cristianas que apreció especialmente: Bartolomé de Las Casas, Simone Weil y José María Valverde. La tercera deja vislumbrar la que, tal vez, fuera la principal preocupación política de Fernández Buey a lo largo de su vida, la reconstrucción de un ideario emancipador ante la crisis de civilización provocada por el capitalismo industrialista hoy mundializado. Esta tercera parte da sentido a las dos primeras, pues la consideración del cristianismo liberador está vinculada a esa preocupación. Fernández Buey no abordó el tema como un filósofo de las religiones, sino desde el interés por construir una nueva cultura política para una izquierda alternativa que no renuncia al compromiso en favor de la emancipación. Ofrece Fernández Buey dos buenas razones para reconsiderar la religiosidad en la construcción de una nueva cultura política emancipatoria: una histórica y otra sociológica. La histórica: «Quien ignore hoy en día la persistente relación que ha habido a lo largo de nuestra historia entre la política entendida como ética de lo colectivo y los movimientos religiosos de resistencia y emancipación se pierde una parte sustancial de la cultura crítica de los de abajo» (p. 280). La sociológica: un mundo globalizado como el actual obliga a reconocer que las religiones siguen siendo muy importantes para una amplia mayoría de la humanidad, particularmente para esa parte que vive en condiciones mucho peores que la que habita en sociedades europeas secularizadas. Desde esta óptica, las religiones nunca han dejado de ser un fenómeno interesante por su presencia y relevancia.

Para comprender el papel del factor religioso en el cambio sociopolítico y en la es-

tructura social conviene diferenciar distintos planos del mismo fenómeno. Por un lado, distingue el autor, está lo que se entiende por religión en general; por otro, y es el plano más interesante para aquel propósito, están las mentalidades y los movimientos religiosos que, bajo determinadas circunstancias, representan una «radicalización de la conciencia religiosa en un sentido favorable a la lucha contra la injusticia y en favor de la igualdad» (p. 61).

El plano general de las religiones

Aunque el estudio y el reconocimiento de los movimientos de liberación de carácter religioso es el mejor punto de partida para el propósito de reconstruir una izquierda laica que se nutra de diferentes tradiciones, la consideración general de las religiones puede que resulte particularmente interesante para abordar la actual crisis de civilización provocada por el capitalismo mundializado, siempre que —habría que añadir siguiendo las advertencias de Fernández Buey— seamos conscientes de los riesgos que comporta situarnos solo en ese plano.

Las religiones llevan en su seno valiosos elementos de contención de la desmesura humana, representan aportaciones sapienciales para manejarnos en tiempos sombríos: «en todas las religiones (institucionalizadas o no) hay un saber, que podemos llamar *sapiencial*, acerca de los hábitos y comportamientos de los seres humanos en comunidad a partir del cual se expresan mandamientos, consejos o normas éticas que tienen mucho valor porque son el resultado, por lo general, de observaciones largamente repetidas y de reflexiones psicossociológicas muy notables (...). Este saber sapiencial merece ser con-

servado, conocido y enseñado, con total independencia de que las personas que lo conservan o a las que se enseña crean o no en los dogmas o doctrinas básicas de esas religiones (...) conviene conservar ese saber no solo por razones histórico-culturales, es decir, porque esta o aquella religión haya sido en el pasado parte de nuestra tradición cultural, sino también por una razón más decisiva y actual: porque en lo que hace a las conductas, comportamientos y hábitos humanos, las ciencias, lo que llamamos “ciencias humanas” o “ciencias sociales”, no han avanzado lo suficiente como para que se pueda afirmar *sin duda* que nuestro comportamiento, en ese ámbito, es definitivamente mejor que el sapiencial para la vida práctica de los humanos» (pp. 158-159). La realidad humana no es toda racional, existe también, por así decirlo, un ámbito meta-racional (distinto del irracional) que hay que reconocer y cultivar si queremos salir de este embrollo civilizatorio. Algo que es perfectamente constatable en el momento actual en el renacer de las espiritualidades ante el malestar cultural y psíquico en las sociedades contemporáneas.

La existencia de miseria material y psíquica se han considerado siempre desde el análisis sociohistórico y filosófico dos factores básicos para la consolidación de las religiones: el “suspiro de la criatura oprimida”, desesperada por la pobreza (Marx) y el disgusto moral (o el malestar psíquico) que produce la cultura (Freud). Ahora bien, la crítica marxista y freudiana a la religión resultan insuficientes. No basta con esta interpretación centrada en la parte negativa sin valorar también la función positiva de la fe y de la creencia en el arranque de procesos y prácticas emancipatorias. Una aproximación más ecuánime en nuestros días exige revisar el tópico según el cual las religiones en el mundo moderno solo operan como “co-

bertura ideológica” de la resignación de las masas o solo aparecen como ilusión producida por el malestar.

Dicho esto, conviene ser conscientes de que quedarnos únicamente en este plano comporta varios riesgos: el primero, y más evidente, favorecer la «apología indirecta de la religión *en general* y la ideologización de la fe cristiana en particular como sustituto de las grandes cosmovisiones en declive, empezando por el materialismo dialéctico» (pp. 61-62); el segundo, y no menos importante, desatender el papel de la institucionalización de las religiones como factor de estabilización en vez de factor de cambio. En el fenómeno religioso anida la serpiente de la contradicción, por lo que siempre será necesaria una visión crítica que revele las tensiones que surgen cuando una tradición pasa a materializarse en una institución de poder o cuando da pie a la aparición de sectarismos y fundamentalismos. Circunstancia que no se puede despreciar en tiempos de expansión por toda Latinoamérica de sectas evangelistas promovidas desde el corazón del imperio norteamericano, del auge de una extrema derecha tradicionalista en los países poscomunistas de la Europa del Este, del aliento de un nuevo espíritu capitalista a través de la industria del *mindfulness* o del enaltecimiento de la violencia política por parte del autoproclamado Estado Islámico y de grupos fundamentalistas como Boko Haram.

El cristianismo emancipador y las condiciones para el diálogo

Por eso resulta imperioso distinguir. La autocrítica de aquella parte de la tradición (política o religiosa, pues vale tanto para la tradición comunista como para la cris-

tiana) que se ha convertido en poder nos desvelará si aún alberga en su interior semillas liberadoras o si, por el contrario, ha terminado por convertirse en cierre ideológico de un nuevo sistema de opresión. No ha sido el caso del cristianismo de liberación que, principalmente desde América Latina, ha sabido recuperar bien entrada la segunda mitad del siglo pasado el espíritu profético de su propia tradición. Francisco Fernández Buey no solo reconoció en ese cristianismo de liberación ideas de matriz inequívocamente marxistas, sino que supo ver también cómo los nuevos movimientos sociales (pacifistas, ecologistas y ciertas derivaciones del feminismo comunista italiano) «recuperaron temas e ideas que son característicos de las tradiciones religiosas (no solo cristianas, por lo demás)» (p. 87). Esta forma de entender las mutuas influencias entre una izquierda social alternativa *roja-verde-violeta* (materializada en los movimientos) y el cristianismo de liberación situaba el diálogo entre ambas tradiciones en un terreno práctico. En esto coincidía con su maestro y amigo Manuel Sacristán. El encuentro entre tradiciones liberadoras laicas y religiosas se debe centrar en un terreno ético-político y se alcanza caminando: «arrieros somos, todos los que estamos en favor de la emancipación, cristianos o comunistas, y en el camino nos hemos encontrado ya» (p. 295).

En ese terreno de las luchas y convicciones ético-políticas compartidas es donde puede germinar un diálogo fecundo. Reacio a los debates ideológicos centrados en grandes concepciones del mundo, Fernández Buey propugnó llevar a cabo la desideologización y desmitificación de la propia tradición para, entre otras cosas, propiciar ese encuentro entre tradiciones liberadoras. Si algo hay que poner en primer lugar son las necesidades materiales y espirituales de las personas de nuestra época,

no las diferencias ideológicas. Lo «más importante es que, una vez que se ha decidido ver el mundo desde abajo y compartir esa visión con los de abajo, no solo hay que renunciar a la cosmovisión (también a la propia), sino incluso a la acentuación de la diferencia ideológica» (p. 295). Atender el mundo desde las necesidades de los de abajo (en la acepción utilizada por Simone Weil para referirse a los humillados, explotados y excluidos de la tierra, y no en el sentido en que hoy es utilizada de manera laxa para hablar de un 99% heterogéneo frente a las élites globales) significa adoptar un punto de vista muy explícito en favor de los que están socialmente en peor situación, particularmente de aquellos que ni siquiera hoy son objeto de explotación (los “descartados” de los que nos habla hoy Jorge Bergoglio). Las necesidades radicales y la comprensión de la desgracia humana eran para Fernández Buey –al igual que para Simone Weil– el mejor punto de partida para el diálogo entre tradiciones liberadoras. Y si en este punto de arranque coincidió con Weil, para llevar ese diálogo a buen puerto se encontró con otro de sus maestros: José María Valverde.

Valverde, cristiano de profundas convicciones y comunista en la etapa final de su vida, pensaba que ese diálogo debería consistir en «una actualización de las mentalidades en el ámbito de las tradiciones respectivas conducente a una filosofía de la acción común» (p. 297), y que para ello resultaba conveniente recuperar el sentido original del viejo concepto de la *caritas* (alejado del paternalismo benefactor y trascendiendo la esfera individual para elevarse a un plano social y político) y el espíritu evangélico del «amor al prójimo», que en estos tiempos del capitalismo mundializado se traduce también en amor desinteresado por el «prójimo lejano».

Pensando sobre esta propuesta de Valverde se le ocurrió a Fernández Buey que una de «las cosas que se podía hacer era recuperar, sin beaterías pero con respeto, el viejo discurso lascasiano: la otra forma de ver el mundo en los orígenes de la modernidad europea» (p. 298). Una idea que le llevó a enlazar el discurso del “indio metropolitano” de Bartolomé de Las Casas con la renovación de la mentalidad actual sobre la base de la ampliación del concepto de *caritas* aplicado a un prójimo lejano en un capitalismo que había devenido mundial. Una ampliación del viejo concepto de *caritas* que no se puede separar de una noción de justicia que implica, a su vez, la restitución de todo aquello que ha sido usurpado y la comprensión y respeto al otro a pesar de la diferencia cultural. La *caritas*, llega a decir, «es más fundamental, más radical, que la solidaridad» (p. 303), poniendo de manifiesto el límite del punto de vista meramente utilitarista de la solidaridad *entre iguales* de la tradición socialista. En un mundo globalizado hay que ir más allá: la evidencia de las profundas diferencias y desigualdades que existen entre los pobres y explotados de una u otra parte de la economía mundial obliga a reinterpretar las relaciones entre la caridad y la solidaridad en el mundo de hoy.

Este diálogo en el terreno de las prácticas de la caridad y la solidaridad es, por decirlo así, un plano prepolítico o previo a las formulaciones políticas. Un terreno fértil para el encuentro entre tradiciones liberadoras si se está dispuesto a dejar aparcadas las cosmovisiones de cada uno y se renuncia al exclusivismo ético. Lo comprobó en la persona de Valverde: «Las razones de José María Valverde en favor del comunismo tenían poco que ver con viejos dogmatismos y no menos viejas ortodoxias (...) las suyas eran razones fundamentalmente prepolíticas, aunque nada

apolíticas. Dos de estas razones suenan también a paradoja. Dijo: “Me hice comunista para poder seguir yendo a misa”. Y se comprende: algunos tuvimos que entender el otro cristianismo para seguir siendo comunistas. Escribió: “El juicio final cristiano es un juicio ateo porque en él no se preguntará a los hombres por sus creencias, sino si dieron de comer al hambriento y de beber al sediento”. Y se comprende: algunos tuvimos que entender que la clase obrera no va al paraíso solo por haber nacido en la miseria» (p. 280).

La reconstrucción de una izquierda alternativa

Fernández Buey era consciente del agotamiento de la izquierda dominante, e influido por los debates que se estaban desarrollando en el seno del partido comunista italiano y los planteamientos de Valentino Gerratana, propuso reconstruir de forma plural e intercultural una izquierda alternativa. Tal propósito exige una izquierda laica en un doble sentido: hacia dentro y hacia afuera. Un *laicismo hacia dentro*, como lo denomina Díaz-Salazar, que esquivé los escollos de un marxismo cientificista (esto es, entendido como teoría científica y no como tradición del movimiento emancipatorio moderno) y de una izquierda dogmatizada con elementos cosmovisionales que excluye la pluralidad en su seno. Por otro lado, una *laicidad hacia afuera* que favorezca el diálogo y la confluencia entre culturas marxistas con culturas liberadoras de diverso signo (cristianas de liberación, ecologistas, feministas y pacifistas).

Vio en los impulsos del movimiento alterglobalizador o altermundialista las bases para una izquierda que quisiera realmente refundarse: «Ahí, en ese movimiento de movimientos, están ya representados los

sujetos del cambio. Ahí se ha ido bosquejando también lo que podría ser el programa para cambiar el mundo de base. Y ahí hay también una amplia red de redes para la configuración de una izquierda mundial. Lo que falta ahora es dar forma política organizada a todo ese movimiento y encontrar la palabra nueva y compartida para hacer frente a la barbarie existente» (p. 319). Esa forma política no creía que se pudiera asemejar a los partidos conocidos sino a un tipo de organización sociopolítica más parecida a lo que pudo representar la Primera Internacional (p. 323). Está por ver si seremos capaces de construir algo parecido a eso, pero de lo que cabe poca duda es que será imposible si antes no huimos de la ideologización excesiva de los problemas y no superamos los confesionalismos de cualquier tipo que nos impiden caminar hacia una cultura laica a la que no le basta el viejo concepto humanista e ilustrado de tolerancia.

Y no le basta porque ese concepto ha estado circunscrito exclusivamente a la tolerancia con el occidental sin reconocimiento y respeto por otras culturas que no son la nuestra: «*Tolerancia* querrá decir entonces, para nosotros, comprensión radical de la alteridad, atención a la dignidad del otro, autocrítica del etnocentrismo. En cierto modo, y con sus limitaciones históricas, esto último es lo que significó la *variante latina* del concepto de tolerancia que tiene su origen en Bartolomé de Las Casas» (p. 313).

Estamos, pues, ante un libro fundamental. El aparato crítico de los capítulos y la meritoria selección de textos de muy diferente formato (ensayos, materiales de intervención política, cartas y entrevistas) llevados a cabo por el editor revelan un hondo conocimiento de la obra de Francisco Fernández Buey y hacen de este libro una referencia obligada para las per-

sonas interesadas en profundizar en el pensamiento de uno de los intelectuales más originales que ha tenido la izquierda comunista en este país.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

Director de esta revista y
de FUHEM Ecosocial

AFECTIVIDAD AMBIENTAL: SENSIBILIDAD, EMPATÍA, ESTÉTICAS DEL HABITAR

Omar Giraldo e Ingrid Toro

El Colegio de la Frontera Sur,
Universidad Veracruzana, Chetumal
(Quintana Roo, México), 2020.

174 págs.

Quiero empezar esta reseña refiriéndome al *alambre de púas*. Todos, o la mayoría nosotros, nos hemos topado alguna vez con un alambre de púas. Al verlo, sabemos de inmediato que se trata de un límite, de una frontera que no podemos transgredir. Y si por desgracia no lo vemos y nos topamos con uno de manera imprevista, es muy posible que nuestro cuerpo sienta su poder a través del dolor que inflige en nuestra carne, un dolor que nos hace retroceder, un dolor que tiene la forma de una amenaza. De este modo, el alambre de púas separa, reparte, divide y excluye pero también captura y recluye. Instauro la propiedad privada, la prohibición y el despojo. Es un mecanismo que opera virtual y materialmente ordenando el espacio, y organizando y jerarquizando los cuerpos que lo ocupan. Como señala Alain Brossat, el alambre de púas logra «una especie de poder metafísico que simboliza todo lo que separa a los seres; una suerte de conductor de maldad que socava cada una de las existencias que

aquí entrechocan». El alambre de púas, de este modo, se interpone entre los cuerpos, establece diferencias aparentemente incuestionables, para capturar, excluir, encarcelar, despojar.

Afectividad ambiental: sensibilidad, empatía, estéticas del habitar, escrito por Omar Felipe Giraldo e Ingrid Toro, es a mi juicio una reflexión que nos invita, justamente, a desalambrar la vida, la tierra y nuestra propia forma de habitarla. Es una invitación a desmontar, si se quiere, los cercamientos que pretenden extinguir la potencia vital de los cuerpos. Una reflexión epistemológica y ontológica que reivindica las *multiplicidades*, poniendo en el centro de la cuestión la importancia de los afectos, la sensibilidad, los sentidos y las sensaciones. Sería redundante decir en este punto que se trata, además, de una reflexión eminentemente política. Este libro es una experiencia que, de una u otra forma, problematiza *nuestra* corporalidad, el encuentro, el espacio que compartimos y que nos vincula.

El argumento central del libro me parece que es extremadamente valioso y a la vez sencillo: si la oposición no es entre lo Uno y lo Otro, entre lo humano y lo no humano —aunque efectivamente pasa por ahí— sino sobre todo entre lo Uno y lo Múltiple, cómo articular esa multiplicidad sin recurrir al autoritarismo, pero tampoco sin borrar las diferencias ni recurrir a monismos, dualismos ni dicotomías. No se trata aquí de una ética contra el poder, sino contra la dominación y la opresión, y los cercamientos materiales y simbólicos que hacen inviable la vida. *Afectividad ambiental* nos propone una ética activa que «nos habla del poder de las cosas de las que somos capaces al reconocernos como cuerpos entre cuerpos, y del poder que se tiene cuando nos sabemos como un modo o expresión de una totalidad en-

volvente» (p. 54). Por eso, esa condición ontológica de las *multiplicidades* tiene como correlato la configuración, siempre temporal y contingente, de una articulación de las “diferencias”, las cuales son, ante todo, el resultado de una decisión política que se despliega siempre en medio del conflicto, de la complejidad, del cambio. Por eso insisten sus autores en la necesidad de reconstruir las diferencias, y más aún, en la necesidad de rearticularlas de forma tal que no estén vinculadas por la dominación.

Se trata entonces de una estrategia para *desalambrar* la vida que busca instaurar otro tipo de encuentros que vinculen material y simbólicamente los cuerpos produciendo puntos de contacto que no anulen las diferencias. Se trata de construir, incluso más allá del límite de nuestra propia comprensión, otros órdenes socioecológicos que, a su vez, permitan desactivar el régimen de afectividad contemporáneo. Sin este contrapeso ético-político, sin una apuesta por cambiar las correlaciones de fuerza, tanto simbólicas como materiales, que imperan actualmente será muy difícil, si no imposible, frenar el colapso al que nos conduce el actual modelo civilizatorio. En esto, el libro no solo participa de los compromisos de la ecología política latinoamericana, sino también de los postulados de la filosofía de la liberación, que de forma contundente ataca los fundamentos de la ética capitalista, colonial y patriarcal.

De principio a fin, el libro se dirige a nosotros sin titubeos ni ambigüedades, reivindicando la necesidad de una revolución material, político-económica y estructural de la sociedad e insistiendo, al mismo tiempo, en la necesidad de la dimensión afectiva, sensible y sintiente de la existencia que, como señala Le Breton, es, en primer lugar, corporal. Y en esto radica su

importancia. Lo que aquí proponen Ingrid y Omar no es una micro-ética para vivir en armonía con el mundo, para construir una pequeña parcela de comodidad intelectual y emocional frente al eminente colapso de la vida. Lo que aquí encontramos es una crítica del mundo, un cuestionamiento ético, estético y político de la totalidad, de las relaciones sociales, del modelo económico imperante, de nuestra forma colectiva de *habitar* el planeta. Como señalan los autores «[l]a única respuesta efectiva ante la catástrofe ambiental de nuestro tiempo es una revolución que, además de insistir en la transformación radical de las relaciones materiales, político-económicas y tecnológicas del conjunto de la sociedad, atienda con toda la seriedad posible la dimensión afectiva, sensible y sintiente de nuestro Estar en el mundo» (p. 11).

A lo largo de sus cinco capítulos, el libro va desplegando teóricamente su propuesta: la *epistemo-estesis*, una propuesta que, paso a paso y página tras página, se va convirtiendo en piel, contacto, afecto y conflicto. Este concepto recoge los aprendizajes de pensadores y pensadoras ambientales como Enrique Leff y, sobre todo, de Ana Patricia Noguera, y da cuenta, además, de la sensibilidad y trayectoria investigativa de sus autores, quienes no solo se nutren de las reflexiones académicas sino también de los encuentros con comunidades campesinas e indígenas, tan denostados como silenciados en esta época de conocimientos útiles, innovadores y *smart*. Unas formas de conocer que son correlativas a la violencia que se descarga sobre los cuerpos y que media sus encuentros. Por eso *Afectividad ambiental* no cae en la ingenuidad en la que suele caer muchas veces el pensamiento ambiental. Aquí las dimensiones sombrías de la existencia se reconocen y aceptan plenamente, precisamente como

punto de partida para asumir una posición en esa ineludible disputa que tiene lugar entre los distintos horizontes de sentido sobre el ser y el estar en el mundo: «La ética basada en la afectividad ambiental no es un esencialismo. También supone comprender nuestras sombras, nuestras imperfecciones, nuestra dimensión oscura y no solo la luminosidad» (p. 111).

Se trata, sin duda, de una reflexión que nos invita a pensar afectivamente nuestra situación actual, las relaciones personales, las disputas políticas, el papel de la educación, los conflictos socioambientales y hasta las relaciones humano-animales, una cuestión que, como bien señala la filósofa catalana Marta Tafalla, ha estado ausente en buena parte de las reflexiones estéticas, y agregaría yo, del pensamiento ambiental y de la ecología política latinoamericana. Sin embargo, Ingrid y Omar nos ofrecen una perspectiva desde la cual es imposible evadir esta cuestión acerca de la condición animal en el régimen de afectividad contemporáneo y de las ecologías de la crueldad en las que sus cuerpos son estabulados, mutilados y comercializados: una forma de violencia legal y normalizada por ese orden del desafecto que es el especismo.

Afectividad ambiental es un libro que, sin lugar a dudas, dejará huella en los lectores y lectoras, en tanto reubica la importancia del afecto, y en especial del amor, en las luchas políticas que libran los pueblos de América Latina y el mundo contra ese régimen de la afectividad contemporánea basada en la violencia, el odio y la crueldad.

Nicolás Jiménez Iguarán

Núcleo Internacional de Pensamiento
en Epistemología Ambiental
Universidad del País Vasco /
Euskal Herriko Unibertsitatea

EMERGENCIA CLIMÁTICA, ALIMENTACIÓN Y VIDA SALUDABLE

Carlos A. González Svatetz

Icaria Editorial, Barcelona, 2020

204 págs.

Cuando en 1862 el filósofo alemán Ludwig Feuerbach dijo que «somos lo que comemos», en otras palabras, que en la comida se refleja nuestra manera de vivir y convivir en y con la naturaleza, seguramente no tenía en mente cuestiones como la sostenibilidad o el problema de las emisiones de gases de efecto invernadero. Sin embargo, hoy en día, su famoso aforismo puede aplicarse a la perfección a uno de los problemas ambientales emergentes en nuestra sociedad: el sistema alimentario repercute no solo en nuestra salud, sino que también afecta a la salud del planeta, ya que, si pensamos en términos de cambio climático, por ejemplo, según datos de la FAO, alrededor del 30% de las emisiones que inciden sobre el calentamiento global estarían directamente vinculadas a la forma en que se produce, distribuye y consume nuestra comida. Un reciente artículo aparecido en la revista *Nature*, bajo el título «Food systems are responsible for a third of global anthropogenic GHG emissions», corrobora claramente esta tendencia tan preocupante mediante el uso de una base de datos que cubre cada etapa de la cadena alimentaria para todos los países, proporcionando datos de emisiones de CO₂, CH₄, óxido nitroso (N₂O) y gases fluorados para cada año entre 1990 y 2015.

Bajo una perspectiva más amplia, que todo el sistema de producción y consumo de alimentos se escapa peligrosamente a una mínima lógica de tutela de los ecosistemas ya lo ponían negro sobre blanco en

2005 los resultados de la Evaluación de los Ecosistemas del Milenio (Millennium Ecosystem Assessment), y lo confirman informes más recientes como el *Informe especial sobre el cambio climático y la tierra* (SRCCL, siglas en inglés para *Special Report on Climate Change and Land*), presentado en 2019 por el IPCC. Aquí se alerta, por ejemplo, de que solo la agricultura, la silvicultura y otros tipos de uso del suelo representan el 23% de las emisiones de gases de efecto invernadero causadas directa o indirectamente por actividades humanas. También se subraya que el aumento de la población y del consumo per cápita de alimentos en las últimas décadas ha incrementado drásticamente la utilización de tierras y recursos hídricos no solo en términos de la extensión de superficie utilizada sino también en cuanto a la intensidad de su utilización, causando erosión y degradación del suelo. En ese sentido, si por un lado el hombre utiliza actualmente alrededor del 70% de las tierras emergidas no cubiertas por hielo, por el otro es muy preocupante que un 25% de estas sufran degradación causada por la actividad humana. En otros términos, los efectos a largo plazo del cambio climático en relación a la degradación del suelo, la desertificación y la seguridad alimentaria de todas las personas dependerán del camino socioeconómico que se escoja. Variables clave de dichos caminos serán el ritmo de incremento de la población, el nivel de desigualdad, la capacidad de adaptación y el grado de adopción de modos de producción compatibles con el medio ambiente. Por ello, en las próximas décadas, con un aumento creciente de las necesidades sociales, es previsible que (de hecho, ya hay evidencias) estos sistemas se enfrentarán a presiones aún mayores, con el riesgo de un debilitamiento más acentuado de la naturaleza, de la que dependen todas las sociedades.

Si pensamos en la crisis multidimensional ligada a la COVID-19, podríamos encontrar muchas claves en ese sentido.

Las reflexiones introducidas anteriormente son útiles como telón de fondo para mostrar que la cuestión de la sostenibilidad ecológica y también social (en otros términos, la viabilidad ecosocial) referidas al sistema alimentario en su conjunto (ya que un alimento no es solo un alimento, sino un sistema complejo de múltiples flujos físicos interconectados y con múltiples impactos a diferentes escalas) es muy relevante y ha impulsado, sobre todo en los últimos años, toda una serie de análisis que intentan cuantificar rigurosamente las cargas y las huellas en los ecosistemas de determinados alimentos, dietas, etc., así como sus diferentes impactos en términos de salud de las personas y cargas asociadas a nivel de sistema social, con el objetivo de demostrar que seguir una dieta sana es, al mismo tiempo, una forma eficaz de cuidar a los ecosistemas, y también a las personas y a la sociedad en su conjunto, por la reducción, por ejemplo, de los gastos sanitarios derivados de modelos dietéticos inadecuados.

El libro objeto de esta reseña, *Emergencia climática, alimentación y vida saludable*, del epidemiólogo y especialista en salud publica Carlos González Svatetz constituye un ejemplo en ese tipo de producción científica de carácter divulgativo. Para entender la importancia de las aportaciones del libro, partimos de una breve descripción de la trayectoria profesional de su autor. Carlos González Svatetz ha dedicado más de treinta años de su carrera profesional de experto epidemiólogo a investigar la relación entre los factores ligados al estilo de vida (como la alimentación, el tabaco, el alcohol, el exceso de peso, etc.) y los determinantes ambien-

tales en el desarrollo de distintos tipos de cáncer, participando, como coordinador, en un importantísimo estudio europeo dentro del ámbito descrito: *European Prospective Investigation into Cancer and Nutrition*. Con esta especialidad de fondo, una cierta sensibilidad social y con el comienzo de una nueva etapa vital, el autor decide profundizar en una nueva dirección, investigando acerca de la importancia de analizar el modelo de producción y consumo alimentario dentro del paradigma de la crisis climática, y ahondando en la necesidad de un nuevo paradigma de salud dentro del actual marco socioeconómico capitalista.

Su inquietud a la hora de afrontar estos temas tiene como punto de partida una hipótesis en línea con las reflexiones que abrían esta reseña: «la emergencia climática no es un fenómeno puramente natural: es producto de la actividad humana. Y es una cuestión prioritaria que afecta tanto a los sistemas humanos, incluida la salud, como a los sistemas naturales (aire, tierra, agua, océanos, diversidad biológica, etc.) y que altera las complejas relaciones entre estos sistemas. Es consecuencia de un modelo productivo, de vida y de consumo, guiado únicamente por el mayor beneficio económico en el menor tiempo posible. Desprecia la sostenibilidad de nuestro entorno natural y la sostenibilidad del ecosistema», tal y como puede leerse en la introducción al libro. Para cambiar e intentar revertir entonces ese escenario, González Svatetz apela a la necesidad de arrinconar los afanes negacionistas de algunos y de tomar medidas urgentes y drásticas contra el cambio climático, y esto, en términos de sistema alimentario, implica también cambios radicales como el progresivo abandono de modelos basados prevalentemente en productos de origen animal por dietas basadas en más productos vegetales, que

son más saludables y tienen un impacto climático menor. En ese sentido, muchos estudios, como subraya el mismo autor, muestran como el enorme crecimiento de producción y consumo de carnes es insostenible, y el exceso en su consumo en los países más desarrollados se asocia a diversos tipos de cáncer, obesidad, diabetes tipo 2 y enfermedades cardiovasculares. En este ámbito, González Svatetz cuenta con una larga experiencia que le ha llevado a colaborar con el IARC y algunos de sus famosos y polémicos informes. El dato descrito antes, además, se torna todavía más preocupante si se piensa que en el siglo XIX y comienzos del XX las enfermedades prevalentes eran las infecto-contagiosas, mientras hoy en día predominan las enfermedades crónicas (cáncer, cardiovasculares, diabetes, obesidad) totalmente relacionadas por nuestros hábitos de vida y de consumo, que provocan también, a su vez, la emergencia climática. En el libro, el autor muestra así cómo nuestra salud está ligada indisolublemente a la salud del ecosistema. No podemos tener buena salud en un planeta enfermo, tal y como se hace hincapié desde el enfoque de «Una sola salud» (One Health). Cabe preguntarse, entonces, qué se puede y qué se debe hacer para prevenir estas enfermedades y mitigar la crisis climática. En ese sentido, el autor estructura sus reflexiones, fruto del trabajo en su larga trayectoria de investigación, a través de seis capítulos, donde se analizan una por una las diez consecuencias principales del calentamiento global, sus causas, se habla de las consecuencias de la crisis climática sobre la salud y se reflexiona sobre qué proponen y hacen los gobiernos, los organismos internacionales, los movimientos sociales y los científicos para proteger la salud. El libro se cierra con un capítulo dedicado a reflexionar sobre qué podemos y debemos hacer por mejorar nuestra

salud y la salud del planeta en el actual contexto de crisis sistémica en la que está involucrada la sociedad (con una clara exhortación a que la salida a la crisis de esta pandemia sea ecológica, y abocando por la formulación de un nuevo marco más radical y basado en el enfoque de una sola salud). En este capítulo se hace especial hincapié en la importancia y el papel de la dieta mediterránea como modelo para esa transición hacia sistemas alimentarios más resilientes, sostenibles y justos. Finalmente, el apéndice lo ocupa un manifiesto promovido por 350 organizaciones que representan a más de 40 millones de profesionales sanitarios dirigido a los líderes del mundo, solicitando una recuperación de la crisis de la COVID-19 que tenga en cuenta la contaminación del aire y la crisis climática, como una ventana de esperanza, en el sentido que indicaría la magnitud de la conciencia alcanzada en la necesidad de un cambio radical de rumbo.

En un informe muy reciente de IPES-Food y ETC Group, bajo el título *Un movimiento a largo plazo por la alimentación: transformar los sistemas alimentarios para 2045*, volvemos a encontrar muchas de las reflexiones que González Svatetz señala en su libro. Al igual que el investigador argentino, también esos organismos internacionales señalan cómo el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la rápida disminución de la fertilidad del suelo están dañando seriamente la salud de las personas y del planeta, quebrando a las sociedades y amenazando los sistemas alimentarios de todo el mundo. Además, en el informe se señala otro aspecto de gran preocupación a considerar, que no puede ser dejado de lado cuando se habla de sistemas alimentarios sostenibles y saludables: la inseguridad alimentaria y el problema del hambre, un problema que todavía atraviesan dema-

siadas personas en el mundo. Así, a pesar de que existe un compromiso a escala mundial para eliminar el hambre en 2030, se ha perdido mucho terreno y los datos parecen haber empeorado. En ese sentido, se estima que 690 millones de personas pasaban hambre en 2019 y más de 2.000 millones carecían de acceso a alimentos seguros, nutritivos y suficientes de manera regular. Y esto antes de que la pandemia de la COVID-19 aumentara en aproximadamente 130 millones de personas más el número de aquellos que padecen hambre, empujara a innumerables millones más al borde de la hambruna, y pusiera en riesgo un tercio de los medios de subsistencia de las personas involucradas en la producción agroalimentaria. Ante este panorama, los autores y autoras del estudio hacen referencia a la importancia de plantearse cómo serían los sistemas alimentarios en 2045 si se permitiera que siguiese la dinámica de funcionamiento actual de los sistemas agroalimentarios mundiales. Frente a esos preocupantes escenarios parece fundamental, y esto lo subraya Gonzalez Svatetz también en el libro, que tanto la sociedad civil como los movimientos sociales tomen la iniciativa, y se empoderen de alguna manera para exigir cambios ra-

dicales a los gobiernos y presionarlos para que actúen ya a favor del cambio para transformar los flujos financieros, las estructuras de gobernanza y los sistemas alimentarios desde la base.

Todas estas reflexiones nos hacen concluir que existe una creciente evidencia de que la salud humana, animal y ambiental están estrechamente vinculadas, lo que significa que hay que superar visiones parcelarias y reduccionistas, y no limitarse únicamente a pensar en la seguridad de los alimentos y piensos, sino que se debe adoptar una perspectiva más amplia, para girar hacia un enfoque de «una salud, un medio ambiente» en un contexto de justicia social.

Una vez más, es la misma ciencia la que nos hace tomar conciencia de que lo que elige comer o dejar de comer un individuo marca la diferencia en el camino hacia la sostenibilidad ecológica y social, y hacia la mejora de nuestro estilo de vida. Hay que señalar que es fundamental el papel de las instituciones para que esto sea posible para todas las personas y en todo el mundo.

Monica Di Donato
FUHEM Ecosocial